

Indigo Eye

CentroCentro

31.01 – 24.03.2019

Rubén Grilo

F. introdujo la enésima onza de chocolate en su boca con la promesa de no hacer lo que siempre hacía. Morderla enérgicamente a los pocos segundos. Sólo unas pocas veces había conseguido disolverla completamente en su boca, sin utilizar los dientes. La táctica de F. había sido siempre la misma. Colocar cuidadosamente con la lengua un pedazo de chocolate en el paladar, manteniendo la lengua ligeramente presionada para controlar la tentación de romperlo. F. no sabía si le provocaba más placer el hecho de conseguir esta imperceptible hazaña personal o sentir cómo el chocolate se disolvía y mezclaba con la saliva. La viscosidad de la masa que se formaba en su boca era mayor si el chocolate era con leche. Pero la paciencia nunca había sido una de sus virtudes. Si pensaba en la relación entre paciencia y resignación o sufrimiento, le molestaba profundamente que fuese una virtud. ¿Una virtud para quién? Como también le molestaba la resonancia del catolicismo en muchas actitudes, comportamientos o valores presuntamente exentos de una condición religiosa. Casi todos ellos relacionados con la fuerza de voluntad y el autocontrol. Si pensaba en la velocidad inoperante con la que se atragantaba cada día delante del ordenador, entonces la paciencia, efectivamente, era una virtud. Pero no desde su ajuste a la norma o la moral, sino desde su condición disidente. La osadía frecuentemente funciona por contexto. Cosas como detenerse a tomar un café cuando se llega con mucho retraso a una reunión o tardar dos días en responder un email urgente.

F. terminó la tableta de chocolate sin haber cumplido su propósito. Sin darse cuenta, había masticado cada onza de nuevo. Era una tableta pequeña, de apenas 20 gramos. Como consecuencia de sus desajustes alimenticios durante la adolescencia, F. había desarrollado una predisposición para las cantidades pequeñas aunque la relación entre precio y cantidad fuese menos beneficiosa desde una perspectiva puramente económica. Incluso había desarrollado una especie de alergia afectiva con respecto a los envases de comida “tamaño gigante”. Le parecían poco elegantes. F. pensó en cómo a este rechazo se añadía además una cuestión de clase. Hacer turismo de clase, participar de cierto desarraigo, gracias al tamaño de los envases y no sólo a través de las diferencias entre el valor de los alimentos que contienen. Como con el lenguaje, el significado también estaba en el cómo y no solamente en el qué. El continente que añade valor al contenido. F. pensó en cómo incluso el chocolate participa de la clase social. En su producción, pero también en su composición o incluso en su forma. La distancia que existe entre una tableta Lindt Excellence 99% Cacao y una tableta de chocolate con leche de cualquier marca no estaba solamente en el precio. F. sonrió pensando en discutir este tema con Marx. ¿Estaría de acuerdo con ella? La selección de una tableta sobre otra era un gesto que incorporaba las diferencias sociales. La distancia que existía entre una tableta de chocolate y una caja de bombones no era solamente una cuestión de forma, de envase o de tamaño, sino una sutil manifestación de la ideología. F. pensó en cómo el mito de la pureza era una ficción humana inscrita en la historia de la materia. A diferencia del chocolate con leche, el chocolate puro participaba de cierta aristocracia material. Pero, ¿existía realmente tal cosa como el chocolate puro? El chocolate es bastardo por definición, el producto de una mezcla: una pasta hecha con cacao y azúcar a la que más tarde se incorporaría la leche. Con la boca cerrada, F. se pasó la lengua por los dientes. Tenía restos de chocolate en ellos, en la zona

de las muelas. Pensar en los granos de cacao le hizo pensar inmediatamente en lo poco que sabía de la historia del chocolate. F. se sintió culpable. De alguna manera, la historia colonial estaba inscrita –y silenciada– en cada onza de chocolate. Que el chocolate pudiese ser belga o que el café pudiese ser italiano, le pareció otra mentira histórica más. De repente, su obsesión por el chocolate dejó de ser una cuestión de gusto y se convirtió en una cuestión política. ¿Era ético mantener un hábito sin tener en cuenta sus consecuencias o sus causas? La tableta que acababa de comerse era pequeña, de chocolate con leche Nestlé extrafino. ¿A qué se refería el adjetivo extrafino? ¿Al tipo de tableta o al tipo de chocolate? ¿A la materia o a la forma? Los motivos de su elección habían sido sentimentales, incluso ligeramente nostálgicos: aquellas tabletas habían formado parte de las meriendas de su infancia. Y, de la misma manera que los objetos son una condición externa para la memoria –una suerte de disco duro hecho a base de fragmentos repartidos espacio-temporalmente–, los sabores y los olores también funcionan como resortes mnemotécnicos.

Otro de los efectos de los desórdenes alimenticios de F. –un eufemismo frecuente para no decir anorexia o bulimia, la sujeción de la corrección lingüística– había sido el control sobre el gusto. De tanto decir a otros que no le gustaba el chocolate, acabó por no gustarle. Cuando sus amigos insistían en que cogiese un cacho de chocolate o un trozo de pastel, F. solía evadirse de lo incómodo de la situación haciendo de su rechazo una cuestión filosófica y un gesto de disidencia social. Por aquel entonces, el azúcar no era percibido como uno de los grandes males de la alimentación contemporánea. Tampoco tenía el estatus de sustancia adictiva legalmente promovida por la industria alimenticia. Con el propósito de desviar la atención, F. hacía preguntas como: “¿Por qué no me pueden no gustar el chocolate o el azúcar?”, “¿Te has preguntado alguna vez si el chocolate te gusta de verdad o simplemente tu gusto se ajusta al imperativo social”? O hacía afirmaciones como “Si el placer derivado del chocolate es simplemente una reacción química en el cerebro, quizás es tan simple como que mi organismo no es capaz de producir dichas reacciones o las produce con otras sustancias”. A fin de cuentas, el placer estaba históricamente conectado con diversas desviaciones de la norma, incluida la del propio placer. Se acordó de la sordera de Mabel Gardiner Hubbard y de cómo su marido, Alexander Graham Bell, se había negado a enseñarle el lenguaje de signos porque consideraba pernicioso –ipernicioso!– que el pensamiento no pasase por logos. Los desajustes alimenticios seguramente eran una consecuencia de la *sophrosyne*. El autocontrol convertido en imperativo categórico histórico. Sacar el interior al exterior. La bulimia como una reacción a formas de control social que también trascienden el lenguaje. Enfermedades capitalistas de cuerpos demasiado exigentes consigo mismos que padecen mayores exigencias que otros. Con aquellos que sí conocían el porqué de su rechazo radical al chocolate y con el fin de hacer que sus problemas dejaran de ser el centro de la conversación, F. se embarcaba en utopías políticas en las que usaba sus desajustes alimenticios como metáforas a gran escala intercambiando el cuerpo individual por el cuerpo colectivo. ¿Era posible hablar de anorexia o de bulimia sociales? Al igual que la locura para muchos pensadores célebres, ¿podían ser entendidos como formas de resistencia al poder inscrito en los cuerpos? Es más, ¿podían estos desajustes ser un detonador para el colapso capitalista? Se le ocurrió que la macro-bulimia podría ser una manifestación del vértigo aceleracionista.

En el pasado, con argumentos más frágiles pero consciente de la parcialidad de cualquier razonamiento lógico, F. recurría con frecuencia a frases con un sentido tan abierto como “lo personal es político” para desviar la conversación a otro lugar.

Alguien le dijo alguna vez que los sentimientos eran una cuestión de práctica. F. pensó que el gusto también lo era. De tanto decirse durante años que el chocolate no le gustaba había terminado por ser real. F. se dijo mentalmente que debería usar este ejemplo como un caso más de la performatividad del lenguaje en el futuro. Durante más de diez años no tuvo el menor interés en el chocolate. Dejó de existir. Se hizo invisible en el supermercado, como tantos alimentos que superaban las 300 calorías y que representaban una fuente de peligros. Uno de los saberes no reconocidos de la anorexia era el conocimiento preciso de las calorías que contiene cada alimento. El de la bulimia, por el contrario, era un conocimiento de la comida a nivel matérico. No todos los alimentos eran iguales a la hora de vomitar. El chocolate era de los más incómodos y difíciles. Se adhería a las paredes del estómago y era casi imposible hacerlo salir satisfactoriamente aunque hubiese sido el último en ser devorado compulsivamente. Por este motivo, F. renunció muy pronto al chocolate como parte de su cuestionada conexión emocional con la comida. Una renuncia que se convirtió en obsesión al cabo de bastantes años. F. miró el reverso del envoltorio de la tableta de chocolate que acaba de comerse y no pudo evitar hacer el cálculo de calorías que tanta veces había hecho. 542 para 100 gramos; casi 110 para 20 gramos. Le dio por pensar que quizás estaba intentando recuperar el chocolate no consumido durante aquella etapa de su vida.

F. acarició el envoltorio plateado que envolvía la tableta. Le gustaba especialmente su tacto. Se parecía al papel de aluminio de cocina, pero no era exactamente igual. Le frustraba lo rápido que envejecía. Apenas unos minutos arruinaban la consistencia inicial de aquel tipo de papel. La excesiva delicadeza de las cosas llegaba a irritarla. De ser brillante y reflectante, una suerte de espejo precario e involuntario, pasaba a ser brillante y mate, contradiciendo las definiciones de ambos términos. ¿Cómo algo con brillo podía no tener brillo a la vez? F. recordó que al oro le pasaba lo mismo, que existía en versión mate. Pero, a diferencia del papel de aluminio, el oro no se arrugaba. Su hábito de comer chocolate incluía otro hábito: estirar el envoltorio con minúsculas arrugas de manera insistente para borrar –sin éxito– la memoria de los pliegues recientes. F. pensó en la cerámica. En el moldeado como una técnica de desmemoria para evitar su tendencia a volver a una forma anterior ¿Cuál era la memoria el chocolate? F. puso el envoltorio sobre su mano derecha, la apretó con fuerza y tiró al suelo la pelotita resultante. Otras veces también la mordía con los dientes, intentando comprimirla y reducirla al máximo. ¿Estaba bien castigar a la materia por no ajustarse a los deseos humanos? Por un momento, se vio a sí misma en el banquillo de los acusados ante el Tribunal Constitucional de lo Inerte escuchando por enésima vez aquello de que la materia siente, conversa, sufre, desea, anhela y recuerda. F. pensó que ciertas frases se parecían mucho al envoltorio de aquel chocolate. Que las ideas que transportan pierden brillo de tanto manosearlas. O que ambos, el papel de aluminio y las citas célebres, comparten la condición amorfa del chocolate.

Como sucede con muchas obsesiones, su pasión le había hecho desarrollar un conocimiento involuntario del chocolate. En cada viaje a cada ciudad que visitaba F. se fijaba siempre en los escaparates de las tiendas de chocolate; en cada tienda o supermercado en los que entraba, F. terminaba sin darse cuenta en la sección de chocolate, aunque no comprase ninguno. Chocolate con leche, negro 70% cacao, 85%, 50%, 90%, 99%, incluso 100%. Chocolate con almendras, con avellanas, con nueces, con anacardos, con pistachos, con cacahuetes, con naranja, con limón, con pera, con granada, con mazapán, con cereza, con caramelo, con caramelo con sal, con higo, con arándanos, con fresa, con frambuesa, con menta, con quinoa, con chile, con coco, con sal, con sésamo, con regaliz, con ron con pasas, con canela, con crème brûlée, con maracuyá, con praliné, con cointreau, con gominolas, con galletas, con aceite de oliva, con orujo... Al repasar esta lista mentalmente, F. sintió asco. Algunas veces sentía mareos pensando en el número de tabletas de chocolate que había en el mundo. Y eso que no incluía en este cálculo los bombones o todos los pasteles recubiertos o rellenos de chocolate que existían. ¿Sería posible sobrevivir comiendo solamente chocolate? A F. le gustaban las marcas que parecían tener cierto rechazo contra los números redondos. Chocolate negro 72% cacao. ¿Y por qué no 68%? El número 60 no parecía ser el predilecto de los fabricantes de chocolate. Su número favorito no encajaba con sus gustos con respecto al chocolate. De existir una tableta con este número, su cantidad de cacao sería tan escasa que ni siquiera podría ser considerado chocolate. De hecho, F. seguía sin poder entender que existiese tal cosa como el “chocolate blanco”. El hecho de que nunca hubiese visto una fuente de chocolate blanco confirmaba sus sospechas. Aquello no era chocolate, era mantequilla con sabor a vainilla.

De vez en cuando F. regalaba una tableta de chocolate con sal. Era una de las maneras que tenía para demostrar su afecto por otras personas y un homenaje encubierto a la brutal honestidad de Cordelia, el personaje de Shakespeare que, para definir el grado de amor por su padre, comete el fantástico error de compararlo con la sal. Definitivamente, el chocolate con sal seguía siendo uno de sus favoritos. Por el placer involuntario de sentir cómo se combinaban sabores aparentemente opuestos dentro de su boca con la posibilidad de producir un cortocircuito en las glándulas gustativas, pero también por la perfección con la que se rompían las onzas de la marca que compraba habitualmente. En las raras ocasiones en las que rompía una onza y esta no lo hacía de acuerdo al molde, llevándose un fragmento de otra, F. seguía partiendo minuciosamente la tableta hasta conseguir que las onzas restantes mantuviesen su medida original con exactitud. Aunque nunca se había atrevido a decirlo abiertamente, le ponían muy nerviosa las personas que se comían una onza a medias o que rompían la tableta de cualquier manera. Para F., esto era un equivalente a comer y no limpiar los platos o follar a medias. Tampoco entendía a los fabricantes de chocolate que sacaban al mercado tabletas con moldes extravagantes que nunca permitían una fragmentación clínica y satisfactoria. Pero F. no quería parecer más maniática de lo que ya era.

Al pensar en los moldes de chocolate y en el proceso industrial mediante el cual se llenan de chocolate líquido resonó en su cabeza una idea que había leído años atrás: que la materia tiene capacidades morfogenéticas y no necesita ser comandada por ninguna forma. El chocolate era el mejor ejemplo que conocía para aterrizar

esta abstracción teórica. Pero, ¿por qué tendía a pensar en el chocolate como materia y no en los moldes que producían sus tabletas? ¿Había materias más materiales que otras? ¿Era necesario que desapareciese la forma para ser conscientes de la dimensión material de las cosas? La forma le parecía un intento de control y dominio sobre la materia. Y la división entre ambas, una consecuencia más del pensamiento binario. Una ficción cognitiva. Aunque había sido educada para percibir el conocimiento desde la libertad que supuestamente produce, todas sus taxonomías y conceptos eran parte de un control basado en la preeminencia del logos sobre todo lo demás. F. se imaginó a Arquímedes gritando su *iEureka!* dentro de una bañera llena de chocolate justo antes de salir corriendo desnudo por las calles de Siracusa. Pero ¿si Arquímedes estaba cubierto de chocolate, estaba desnudo? ¿Que el agua fuese casi invisible a los ojos humanos la desposeía de su condición material? La noche anterior F. había leído la siguiente frase: “*habría que inventar una palabra que dijese, muy claramente, que sabes no comprender lo que se tiene que comprender*”. Aunque inventar esa palabra sería comprender lo que no se tiene que comprender. Interrumpir el flujo de chocolate para solidificarlo en una forma definitoria.

Su teléfono llevaba emitiendo sonidos varios minutos. F. tenía cuatro emails nuevos en la bandeja de entrada y un par de mensajes reclamando una respuesta rápida para esos emails. Era sábado por la tarde y vivía permanentemente con la sensación de trabajar en una sala de urgencias. ¿Qué había sucedido para que los fines de semana dejasen de existir? No recordaba ningún sábado o domingo en los últimos años en los que no hubiese trabajado de alguna manera u otra. El trabajo, entre la condena y el privilegio. Y, como recompensa miserable, un cacho de chocolate entre problema y problema resuelto. F. se preguntó si volviendo a un teléfono antiguo se acabarían la mitad de estos problemas prestados y la ansiedad derivada de ellos. Por un momento fantaseó con un colapso total: el desmayo de Internet durante una semana y el capitalismo en coma irreversible. No hace mucho F. le había dicho a alguien, “¿te acuerdas cuando creíamos que Internet había aparecido para salvar el mundo y hacernos las cosas más fáciles?”. La parte negativa de las soluciones es que siempre aparecían con problemas incorporados. Se le ocurrió que Google se parecía bastante a la fábrica de chocolate de Willy Wonka. Deseable desde afuera; repugnante desde adentro. Cuando el placer se convierte en trabajo, ¿por qué no trabajar 24 horas al día? Ahogarse en un río de chocolate o en un océano de datos. Nada más aterrador que vivir permanentemente rodeado de lo que uno desea. F. abrió un cajón de la cocina, cogió una tableta de chocolate con leche y tergiversó mentalmente a Marguerite Duras cuando hablaba de su adicción al alcohol: *comer chocolate no quiere decir necesariamente querer morir, no. Pero no puedes comer chocolate a diario sin pensar que te estás matando.*

Este texto ha sido posible gracias a las aportaciones, ideas y orientaciones de Karen Barad, Anne Carson, Lúa Coderch, Julieta Dentone, Marguerite Duras, Rubén Grilo, Internet, Carolina Jiménez, Manuel de Landa, O., Julia Spínola y muchas tabletas de chocolate a lo largo de los años.

Actividad 1
14 de febrero de 2019, 19 horas
Planta 3

Conferencia babeante. La materialidad del habla de Siegmund Zacharias

Esta conferencia explora cómo la bocalidad visceral del habla y su significado al construir sensibilidad, crean un movimiento entre la forma y la ausencia de forma, la fluidez y la sedimentación que pueden causar que las partículas se re-orienten y re-organicen. Es una conferencia que funciona a través de la política de la intimidad y la alienación y su enredo mutuo. Sigue una ética de la intimidad duradera con lo “alien” y el reconocimiento de las fuerzas alienantes de la intimidad. Para *Mirror becomes a razor when it's broken*, Siegmund hará girar hilos de saliva en/alrededor/a través de intimidades virtuales y no virtuales hacia re-organizaciones de cuerpos no normativos de conocimiento y carne.

Actividad 2
19 de Marzo de 2019, 19 horas
Planta 5

FFFFFFFFFFFFFFF
Fórmulas
Fábricas
Fogatas
Fuentes
Futuros
Fluidos
Frecuencias
Funciones
Fundaciones
Folklore
Firmas
Filtros
Fusiones
Fantasmas
Finanzas

Con Rubén Grilo
y Sonia Fernández Pan

Indigo Eye
Rubén Grilo

Coordinación y producción:
CentroCentro

Comisaria:
Sonia Fernández Pan

Asistencia y montaje:
Santiago Prieto, Estefanía Soto

Edición de audio:
Jaume Ferrete

Programación:
Roi Valcárcel

Diseño gráfico:
ODD Oficina de disseny
(Diego Bustamante, Katharina Hetzeneder,
Ariadna Serrahima)

Revisión de textos en inglés:
Jay R. Heald

Impresión:
Imprintex

Asesoramiento técnico:
Ricard Casanova, Juan Jofresa, Enric Martínez,
Borja Millán, Raúl Nieves (bombas), Jorge Aira,
Vicente Sanchís, María Selles (electricidad),
Verónica Bachelos, José Díaz, José Predreira,
Estefanía Soto (fabricación)

Agradecimientos:
Lúa Coderch, Martim Dias, Miguel Ángel
de las Heras, Sigrid Hermann, Vivien LaFleur,
Lluís Nacenta, Elena Quiñoá, Alex Reynolds,
David Rodríguez, Diego Rodríguez, Cristina
Spinelli, Dan Walwin

Con la participación textual de
Beatriz Ortega Botas

Con la colaboración de Nogueras Blanchard
y Future Gallery

CentroCentro.
Plaza de Cibeles, 1. 28014. Madrid



